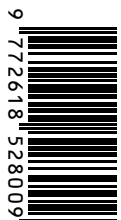


bar"jillo

En Rosario, el ruido de la cultura

NÚMERO 39
AÑO VII
Enero 2026
EJEMPLAR GRATUITO



"FANTASMAS DE LA
VUELTA DE OBLIGADO",
UN CUENTO DE
ADRIÁN ABONIZO

"NUNCA LLEGARÁS A VIEJO",
UN FRAGMENTO
DEL LIBRO DE SUSANA ROSANO

Tócala de nuevo

EUGENIO PREVIGLIANO
FUE POETA, MÚSICO,
AGRIMENSOR Y ESCRITOR.
"LA TIERRA PERDURABLE" Y
"LA CHICA" SON DOS LIBROS
EXTRAORDINARIOS. NICOLÁS
MANZI, SU EDITOR, Y LOS
ESCRITORES MIGUEL ROIG,
MARTÍN PRIETO Y VIRGINIA
DUCLER LO RECUERDAN A
MODO DE RÉQUIEM





STAFF

barullo

Director fundador
Horacio Vargas

Directores asociados
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número
Miguel Roig
Nicolás Manzi
Martín Prieto
Virginia Ducler
Adrián Abonizio
Susana Rosano

Fotografía
Sebastián Vargas

Diagramación
Fabiana Colovini

Seguinos en
www.barullo.com.ar
@revistabarullo
revista_barullo
@barullorevista

Contacto
barullorevista@gmail.com

Editor responsable
Horacio Vargas
Registro de la propiedad
intelectual: 3055388

Un tema

Por Horacio Vargas

Sábado. 15 horas. Suena el teléfono de mi departamento. Maldigo en la intimidad ese llamado inoportuno.

-Hola, ¿hablo con Horacio Vargas? –pregunta una voz.

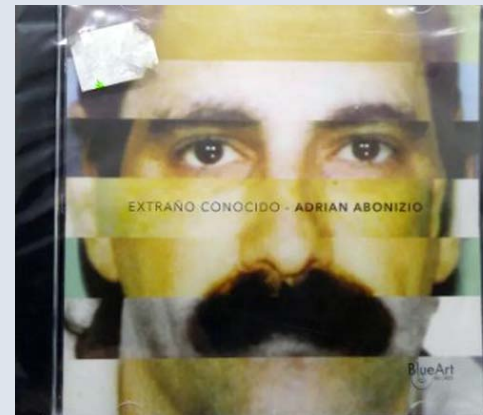
-El mismo –respondo con mal humor.

-iNene querido!

-¿Quién habla?

-Pepe Grimolizzi.

-iHola Pepe!



-iNecesito favor urgente! –dice con cierta exageración el histórico productor de espectáculos de Rosario.

-Pepe... Si es por algo a publicar en Rosario/12 te aclaro que tengo franco. ¡Hoy es sábado!

-No, no tiene nada que ver con el diario.

-¿Y entonces?

-¿Vos sacaste a través de tu sello discográfico un disco de Adrián Abonizio donde está el tema “El témpano”?

-Sí.

-Lo necesito.

-Bueno... Te lo alcanzo el lunes, no hay problemas.

-No qué lunes...¡Ahora!

-Perdón, ¿por qué tanto apuro?

-No es para mí...

-¿Cómo?

-iEs para Mercedes Sosa! Ella está ahora en el camarín del teatro El Círculo, canta esta noche, venite con el disco antes del show... Quiere escuchar el tema en la voz de Adrián.

Tardé cinco minutos en cambiarme, tomar el ascensor de mi edificio y caminar a paso apresurado hasta el teatro. Vivo a 10 cuadras del lugar. Todo el mundo me indica el camino a seguir cuando entro al teatro. Por acá, por acá... Y cuando la tuve frente a mí, ella estaba sentada en un gran sillón, con su asistente. Breve presentación y le extiendo el disco *Extraño conocido* (BlueArt, 2019).

-Gracias m'hijo -me agradeció- Me dijeron que escribe muy bien. Lo voy a escuchar.

Cuando se cerró la puerta de su camarín, yo salí de allí con una revelación: estuve cara a cara con “la Mami”.

GRUPO MONDONGO EN EL CASTAGNINO

AR
GEN
TINA

Un viaje por los
paisajes del litoral

300
ROSARIO



Municipalidad de
Rosario

Banco Santa Fe

Con tu Tarjeta
de Crédito



9
cuotas
sin interés

En Aerolíneas
Argentinas

Todos los días



Eugenio en el tiempo

*Nunca pensaremos que hay
guerras que se pierden.
La chica, Eugenio Previgliano*

Por **Miguel Roig***

Me acuerdo de Eugenio sentado en el escritorio del pasaje Pam o cocinando en el piso de la calle San Lorenzo pero no me acuerdo de la primera vez que lo vi, tampoco cuándo comenzó la amistad, menos aún puedo precisar el último encuentro. Habrá quien piense, en la desafección, pero Eugenio siempre ha sido una línea continua en la vida, una corriente que fluye, constante, hacia adelante.

Me acuerdo de sus apariciones repentinas, como el día que llegó a mi casa de Buenos Aires con unas botas Pampero naranja en medio de un diluvio y a la mañana siguiente se las puso con el traje para ir a una boda porque no aparecían los zapatos. O en algún encuentro en el camino, como la vez que me invitó a compartir su bungalow en Cosquín donde ejecutaba el piano en *Gotán*, una obra de Pepe Costa. Tengo ginebra y una novia, me dijo. En la heladera solo quedaba un dedo de ginebra en la botella de Bols y a la chica, Eugenio la llamaba “Betí, no creías”, por el verso de un poema de Oscar Taborda.

Me acuerdo de su noche en el Jockey Club, un relato repetido más de una vez por él. Al día siguiente de ser liberado de su cautiverio en los sótanos del Comando de Córdoba y Dorrego, Gary Vila Ortiz lo invita a una charla de Música Láinez en el Jockey. En la ronda de saludos, Gary le presenta al escritor y después a Galtieri que estaba a su lado. Eugenio no le da la mano y se excusa: “Con el general ya nos conocemos”. Al otro día vuela a París.

Me acuerdo de una noche en La Paz de Buenos Aires y su expresión dubitativa, sin saber si pegarme o abrazarme, cuando le entregué un libro de poemas mecanografiado en el anverso de páginas llenas de sistemas de ecuaciones. El poemario era suyo; lo había recibido en el pasado y en alguna mudanza quedó atascado. La incertidumbre entre el afecto y la violencia la resolvió en el pasaje de un relato que escribió años después.

Me acuerdo de escucharle contar que en París fue arrastrado por Saer a una cave y entre vino y vino, llegó un anciano al que Saer saludó afectuosamente. En su juventud, en la década del veinte del siglo pasado, el viejo había trabajado en la construcción del puente colgante de Santa Fe.

Me acuerdo de otro hecho ocurrido en Francia. Esta vez Saer lo llevó a una reunión en la que estaba Simone de Beauvoir. Saer, decía Eugenio, hizo algo que él se hubiera ahorrado: contar a Beauvoir su condición de exiliado. La escritora, conmovida, le sugirió que volviera al país a defender sus ideas. Eugenio celebró la ocurrencia: volvamos juntos, le propuso. La idea no prosperó.

Me acuerdo de *Pueblo Arroyo Bustos*, la primera *nouvelle* de un ciclo de tres libros, sus últimas obras. Un largo travelling siguiendo el curso de un río que cruza el pueblo de la serranía durante el presagio de una riada que amenaza al pueblo, a través del cual, Eugenio se permite una versión portátil de la come-

dia humana en cien páginas en las que caben un número elocuente de perfiles que expone sin dejar de iluminar ningún envés.

Me acuerdo cuando Eugenio vio un barco rojo. En aquellos días chateaba con una mujer de la cual él solo sabía que era psicoanalista. Intuía, contaba, que ella podía vivir en Córdoba pero el chat anónimo no ofrecía tantas certezas. Una tarde, mientras cruzan mensajes, él escribe que ve pasar, desde la ventana de su piso, un barco rojo. Ella responde: yo también. La psicoanalista vivía a una cuadra de su casa. Años después, en Rosario, me encuentro con él en El Cairo. Lo acompaña una mujer y cuando dice mi nombre, ella se presenta: “yo soy la del barco rojo”.

Me acuerdo de *La lectura*, otro libro del tríptico, en el que Eugenio improvisa una revisión minuciosa de toda su saga familiar. El epígrafe del relato, una cita de Saer (“Otros, ellos, antes, podían”) anuncia el programa: una inmersión en el camino de Proust para sacar a flote una historia argentina.

Me acuerdo del asombro de Eugenio ante una exposición en Roma que rinde homenaje a los emigrantes italianos. Entre la multitud de documentos y objetos exhibidos está una valija que había pertenecido a su madre. ¿Qué hacía allí? Eso no se sabe pero lo que sí le consta a Eugenio es que Angélica Arcal un día decide huir con el hombre al que su familia rechaza y la pareja es auxiliada por los padres de Eugenio. La valija en la que Angélica guarda su

ajuar para la boda se la presta su madre. Cuando, a salvo, en Rosario, se casan, ella abandona su apellido de soltera y usará desde entonces, a modo de protección ante la familia abandonada, el del marido: Gorodischer.

Me acuerdo de haber leído *La chica*, tercer libro del ciclo, novela en la que Eugenio da un salto mortal, entre retazos de historia propia, experimentación y, quizás, último intento de una obra que aún no sabe que pronto llegará a su fin. La proeza de este libro me hace pensar en Pollock, cuando harto de buscar por el camino de Picasso su verdad, tiró el lienzo al suelo y comenzó a llenarlo de manchas. Eugenio rompe los criterios de la página y fija las palabras como manchas que ya no se podrán quitar.

Me acuerdo de una noche que me presentó en Buenos Aires a una amiga suya y terminamos los tres, ya de madrugada, en el viejo Seddón del bajo. En el bar no quedaba nadie pero Eugenio se sentó en el piano y tocó, estoy seguro, *Misty*. El anciano que regenteaba el local cerró el boliche con nosotros adentro.

Me acuerdo del escueto mensaje de Alejandro Lamas con la noticia. Más tarde, ese día, me llamó Lillian Neuman. Después, señales interminables. Que la vida iba en serio, eso lo supimos más tarde, escribió Gil de Biedma. Es la pedagogía de las pérdidas.

**Escritor y periodista*

De cómo medir la luz

Por Nicolás Manzi*

Eugenio Previgliano medía el espacio profesionalmente y medía el tiempo naturalmente. Su orgullo agrimensor era admirable, y esa vocación ha quedado plasmada en su obra literaria, en su crónica *La tierra perdurable* (de 2012).

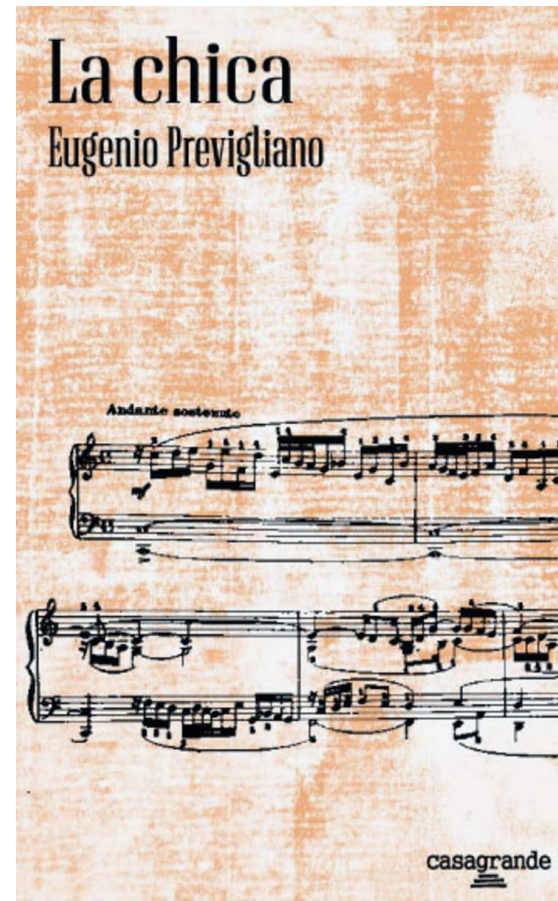
Sin embargo, el tiempo era su verdadera obsesión. Sospecho que su don de músico, en el piano y en el saxo, era su modo de crear tiempo. En su escritura, no me cabe la menor duda. Lo define en una pequeña frase, que suena como un estribillo, en *La lectura*: “Para cuando murió la tía Lola”. Con la maestría de su profesión, sabía que podía definir ese otro tiempo, que es el verdadero tiempo de la vida, el de la memoria, el tiempo de lo que recordamos, a partir de mojones: se hacen presentes el antes y el después en la definición de la palabra acontecimiento. Acostumbrados como estamos a medir los días en horas, los años en meses, a veces uno no tiene en cuenta de que nuestra cultura definió un tiempo largo con un antes y un después.

Además, en sus procedimientos de escritura, Eugenio toma otra medida para definir el tiempo. En mi lectura aparecía como “la influencia proustiana”, la tendencia a la frase larga, la búsqueda del infinito a través del lenguaje. En su obra la ejecutaba con total desenvoltura, como si en el detalle surgiera otra manera de medir el tiempo, algo más que puede dar otro matiz a esa pintura de la frase. Y en esa búsqueda extensa, la sorpresa de las palabras, la fascinación por el vocabulario.

Tanto en *La lectura*, en la que se pregunta por sus antepasados cuando recupera, desde la mirada de un niño, la historia de su familia, es decir, no la historia oficial sino la suma de esta y la percepción de una mirada que se sorprende con todo lo que lo rodea, que desconoce el significado de la muerte porque desconoce la dinámica de la vida, como en *Pueblo Arroyo Bustos*, en el que el recurso técnico de la frase extensa se desarrolla en la voz de un narrador fusionando la historia del pueblo con las habladurías de sus habitantes, se puede percibir un goce de parte del escritor. La complejidad es un desafío de lectura (en todas las artes), y en Eugenio ese era su territorio.

En *La chica*, en cambio, no hay frases largas. Al contrario, son frases breves, que van maquetando una idea. En *La chica* el tiempo está suspendido, la memoria surge dolorosa y resuena una experiencia única, profunda. El encierro (está cargado de injusticia), la percepción trastornada e inasible del minuto, el afán de supervivencia en tensión con el trato carcelario, configuran un relato que –sospecho– él no hubiera querido contar¹. Y, sin embargo, esa experiencia lo desafiaba a tener que poner en palabras un modo inventado para amojonar la temporalidad.

Estaba bueno encontrarse con la alegría de Eugenio Previgliano en el Pasaje Pan. Eugenio llegaba con su paso de danza. Nos encontrábamos para hablar de los libros que íbamos a publicar. “Quiero



publicar”, me decía. Al ser su editor, yo le pedía, como a todos, que me tuviera paciencia, que con la cantidad de trabajo pendiente, los compromisos, pero él sabía que suelo cumplir. Me contaba sobre los libros que tenía casi terminados, o listos para publicar, entonces yo elegía con cuál seguiríamos.

Después la conversación siempre derivaba en historias familiares y bueyes perdidos. Mi admiración se renovaba ante su sensibilidad y su permiso para declararse fan del arte: “Fui a ver a Marta Argerich”.

En los últimos meses, esos encuentros muy esporádicos se volvieron más habituales, desde que mudamos la oficina de nuestra editorial Casagrande al Pasaje Pan (íntimamente pienso que él tuvo algo que ver en eso). Desde el mes de julio la oficina de la editorial comparte un bello patio con Castagnino y Previgliano. Me encantaba abrir esa puerta y que aparezcan los vecinos con charlas breves, porque en el medio de la faena, los encuentros se dan de esa manera. Porque ya se delineaban, en esas breves conversaciones, algún futuro libro.

Nos quedaron cosas pendientes, además de las conversaciones, libros por publicar, traer más macetas, más verde a nuestro patio común. Yo quería preguntarle por un detalle que se me escapó en *La chica*, algo que tenía que ver con el tiempo del cautiverio. Uno nunca sabe si cuando hace ese tipo de preguntas, el otro entiende que lo que uno busca es darle pie para que siga contando o si puede sentir que lo pone en una situación de tener que relatar sobre algo de lo que no tiene ganas de hablar.

Era siempre lindo encontrar a Eugenio, porque él cargaba con la alegría. La alegría era su forma de medir la luz.

* *Editor de Casagrande*

1. En *La chica* hay, incluso, páginas vacías, en las que las palabras sobran. Y hay una escena en la que se discurre en qué hacer con el pan, con las migas del pan. Es un texto que Eugenio incluyó en *La chica* pero que había sido escrito con otra finalidad. Ahí funciona como muestra de la diferencia entre un tiempo vacío y uno con “algo para hacer”, la tarea, la ocupación.

Pasaje Eugenio

Por Virginia Ducler*



El jueves 4 de diciembre la ciudad se llenó de la ausencia de Eugenio. Se lo veía andar con su cuerpo macizo, con las piernas separadas, las rodillas hacia afuera. Andaba por el radio de San Lorenzo, Córdoba, San Martín, Mitre. Yo siempre lo presentaba como el dueño del Pasaje Pan, ya que tenía allí su oficina de agrimensor y su taller de escritura. Ahí está su piano desafinado invitando a cualquiera que se arrime al corazón del Pasaje.

Todo lo que hacía tenía actitud de juego. Escribía jugando. Tocaba el piano jugando. Aficionado a los palíndromos, integraba la página de Facebook “Bergas a Zagreb”, donde cada tanto dejaba su marca:

*A patas iré, risa tapa
Ah, el arroyo hoy, oh, ralea
Ale, gil, eligela
Ario, ah, tiraló o la Rita oirá*

Regalaba su singularidad en cada intercambio de palabras:

“Me haría de bien...” (cuando se le proponía alguna cosa);

“¡Benítez!” (para cerrar alguna invitación).

Su voz algo aguda y profunda, con algo de flauta, parecía nacer muy atrás, las palabras manaban en una continuidad sin fisuras.

No voy a hablar de su generosidad, de su calidez ni del tendal de cariño que dejó, eso se sabe.

Con Eugenio coordiné durante unos años el taller literario del pasaje Pan. No sé dónde ni cuándo nos conocimos. Teníamos un lazo hecho de afinidad intangible. A veces no hace falta forjar una amistad con confesiones y copas, alcanza con la empatía para que todo fluya, para contar con la seguridad de un apoyo. Nos pedimos algunos favores y nos cumplimos. Él me pidió que lo acompañara en su taller. Yo le pedí que sea mi chofer en algunas ocasiones. Él me pidió que presentara un libro de una poeta uruguaya. Yo le pedí que me guiara en cuestiones de propiedades y papeles. Él me pidió que leyerá un borrador suyo y le hiciera una devolución. Yo le pedí que me cuente un poco acerca de su encierro durante la dictadura, ya que sabía que estuvo con los ojos vendados, y yo tenía la intención de escribir un cuento acerca del encierro y la oscuridad. Él no quería hablar del tema, pero me ofreció un manuscrito amarillento con la creencia de que era malo, sin valor. Yo lo leí y me llevé una sorpresa. Le dije que era lo mejor que había escrito. Él dijo que no, renegaba de ese texto que para él no era siquiera un texto, sino apenas un apunte. Marqué todo lo que podía rescatarse, le dije que esos fragmentos eran una joya. Le presenté a Nicolás Manzi y le pedí que lo editara. En ese encuentro, Eugenio estaba mudo; como si todo se tramara a su pesar, él dejaba que eso sucediera, como un niño que es llevado al dentista. Le pedí a Manzi que me dejara trabajar en la edición. Al

tiempo salió *La Chica*. Eugenio, olvidadizo, vino a mi casa para venderme un ejemplar. ¿Estás loco?, le dije. Cómo me lo vas a vender, con todo lo que trabajé; es más, yo lo descubrí. Me dio la razón, nos reímos, y me regaló uno. Al tiempo ganó el Premio Provincial Alcides Greca con ese libro. Este año presentamos *La lectura* en el Pasaje, junto con Beatriz Vignoli.

Lo último que le pedí fue que me llevara al cementerio El Salvador para ver algo sobre lo que quería escribir. Fuimos con Mariel, su compañera. De paso me mostró el nicho de su mamá. Apoyó la palma de su mano en uno que estaba vacío, y dijo con orgullo: Acá voy a estar yo.

La última vez que lo vi, fue en una lectura de mis textos a la que fui invitada en el Pasaje Pan, su territorio. Porque el Pasaje era un lugar donde Eugenio desplegaba toda su eugenidad.

Al último pedido que me hizo, no pude cumplirlo: me pidió que lo acompañara en la feria del libro el 17 de octubre, en una segunda presentación de *La lectura*. Le dije que estaría de viaje.

La última vez que vi la cara de Eugenio fue en su velorio. Me extrañó tanto que no me recibiera con una sonrisa... Y me di cuenta de que nunca lo había visto no sonreír. Ese día le fallé otra vez, no pude ir a su entierro porque tenía turno para una ergometría por un fuerte dolor de pecho. Me diagnosticaron una cardiopatía grave. Entre el velorio de Eugenio y mi corazón roto, lloré como una endemoniada. Mi corazón se arregló con una angioplastia. El de Eugenio no pudo arreglarse, pero nos queda su huella, su don para la sonrisa, para el cariño, para el juego, su Pasaje, su piano desafinado, su manojo de palabras.

Conservo su último mensaje de WhatsApp, en respuesta a mi negativa a acompañarlo en la feria del libro: “Estamos acá. Ya mismo empiezo a esperarte”.

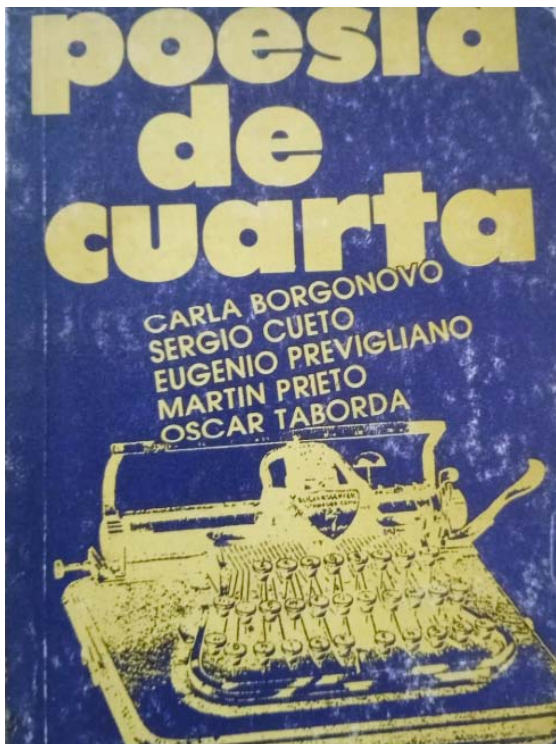
*Cuentista y novelista

El Negro

Por **Martín Prieto***

Murió Eugenio Previgliano. El Negro. Nos conocimos en los bares en 1979. Nos pasábamos poemas. Sacamos una hoja de poesía, juntos. De un lado, un poema de Eugenio; del otro, un poema mío. La repartíamos en los mismos bares y peñas. Nos animamos a publicar un libro. Con otros que, como nosotros, andaban por ahí. “Poesía de cuarta”. Al año siguiente lo llevamos a Saer a Serodino. En un Ami 8 verde que tenía el Negro. Nunca encontramos las fotos que testimoniaran la aventura (sin embargo real). Nos vimos menos después, pero lo seguí leyendo siempre. Valoro, de toda su obra, la crónica *La tierra perdurable* y la nouvelle *La chica*, si es que es una nouvelle y no una forma que se inventó para escribir ese solo libro extraordinario. Lo vi el otro día, en la galería que cruza de San Martín a Maipú entre Córdoba y Rioja. Más bien lo seguí. Iba lento, con ese andar pendulante y acompasado que tuvo siempre. Entró en una relojería, casi saliendo por Maipú. Lo esperé un rato. Y ya no salió.

**Escritor, poeta, periodista y profesor universitario*



Un largo adiós

*“Pienso en mi costado, que se está pudriendo,
En la bala que lo atravesó,
eso que al principio fue como un garrotazo gélido
y enseguida se transformó en una bola de fuego que me
aguijoneó las entrañas,
en el agujero que me hizo en el costado opuesto,
por donde se me derramó toda la sangre caliente.
Pienso en el cañón del fusil del que salió la bala,
en el frío gatillo,
en el dedo tibio que lo apretó,
en el ojo que apuntó contra mí,
en los ojos de quien ordenó el disparar”*

Han Kang, *Actos humanos*

Por **Susana Rosano***

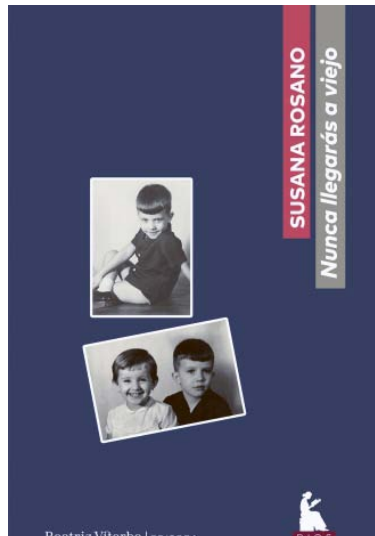
Hace casi cincuenta años que la pregunta me asedia. ¿Qué habrá sentido Alfredo frente a los hombres que lo fusilaron a sus diecinueve años, en un camino descampado entre Santa Teresa y Peyrano, a cincuenta kilómetros de Rosario? Lo imagino tiritando de frío, muerto de miedo y demasiado solo con sus pocos años a cuestas. Puedo sospechar su impotencia, su rabia, su desesperación. A pesar de que durante años intenté investigar cómo había atravesado sus últimos días clandestino en Rosario y le pregunté a muchas de las personas que estuvieron detenidas en el Servicio de Informaciones de Rosario en esa fecha si lo habían visto allí, nunca encontré un testigo de esa noche del 15 de septiembre de 1976. Tam-

poco sé dónde lo detuvieron, ni por qué lo llevaron finalmente hasta ese camino descampado, donde un lechero encontró su cadáver acribillado a balazos a las 8 de la mañana del 16 de septiembre.

Tengo todavía impregnada en mis pupilas la imagen de su figura inmóvil en la parada del 54, en Uriburu y San Martín, observando cómo el colectivo que yo me había tomado se alejaba. Yo lo miraba desde arriba, con su pulóver bordó y su tristeza a cuestas. Fue para nosotros un largo adiós. A mis diecisiete años y después de haber estado detenida alrededor de tres semanas en el Servicio de Informaciones, yo presentía, sabía, que era la última vez que nos encontrábamos. Intuía, desde la furia y la certeza de la boca

del estómago, que lo iban a matar, y que yo no tenía forma de salvarlo.

He leído en varios libros el relato de familiares que cuentan el último encuentro con sus seres queridos, antes de que los asesinen o los hagan desaparecer. No sé si estas lecturas han ido tiñendo mi propio recuerdo. He contado esta escena muchas veces, a mis parejas, a mis hijos, a mis analistas, a mis amigos más cercanos, en todos los testimonios que ofrecí en la Justicia. Me recuerdo a mí misma aquel día, desesperada: yo sabía con certeza que lo iban a matar; no tenía dudas. Y esta ha sido hasta hoy para mí tal vez la situación más horrible que me tocó vivir. Hubiera querido arrastrarlo de los pelos conmigo, obligarlo a irse de Rosario, que



aceptara el pasaporte que mi papá le había conseguido para sacarlo a Perú. Pero Alfredo no quería irse, no quería abandonar la lucha armada. Estaba absolutamente convencido (y él era un chico muy terco) que dar la vida por la revolución era su destino.

Después de que Agustín Feced en persona allanara mi casa de calle España, el 20 de junio, mi hermano no pudo regresar. Fue un verdadero milagro que esa noche decidiera no volver a dormir al hogar, y eso lo salvó una primera vez. Rosario era en aquella época una carnicería: los chicos de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) caían como moscas. En esos tres meses hasta que finalmente lo encontraron y lo mataron, Alfredo deambuló clandestino por la ciudad, de pensión en pensión. Mis padres se encontraron con él un par de veces para darle plata, y le llevaban algún abrigo o algo de comida para mitigar ese invierno muy duro. A principios de septiembre, me tocó a mí encontrarlo y Alfredo nos hizo saber a partir de llamadas telefónicas anónimas el lugar de la cita: un bar que

existía en aquel entonces en la esquina de Sarmiento y Uriburu. Con dos entradas, una por Sarmiento y otra por Uriburu, para que en el caso de que llegara imprevistamente la policía por una puerta, él pudiera escapar por otra.

Para despistar en el caso de que “los servicios” me estuvieran siguiendo, mi mamá me hizo poner una peluca y tomar varios taxis y colectivos. Yo estaba aterrorizada. No podía olvidar las palabras de Feced y de Guzmán Alfaro (en ese momento director del Servicio de Informaciones de Rosario) cuando me dejaron salir en libertad del Servicios de Informaciones: “A tu hermano te lo devolvemos en un seis manijas”. Tenía mucho miedo de que lo mataran enfrente mío. Por eso el encuentro fue breve, muy breve. Cuando ingresé al bar, Alfredo ya estaba sentado en la mesa de una esquina. Me acerqué y le di la plata y un paquete que mi mamá le mandaba con ropa y chocolates. Mi hermano me pidió que me sentara, aunque yo quería irme lo más rápido que fuera posible. Pero me senté y lo miré, y le pedí por favor que aceptara la oferta de mi papá para irse del país; que, si no, lo iban a matar. Me dijo que no se iba a ir; que había que seguir luchando para derrotar a la dictadura. Estaba muy triste; tenía miedo, tenía hambre, tenía frío. Me contó que estaba en una pensión por la calle Virasoro frente al Hospital Italiano, en una habitación de la terraza muy fría y con muchas cucarachas. Lo vi acorralado. Tuve miedo de que el dueño de la pensión lo denunciara y se lo dije. Cuando Alfredo desapareció unos días después, fuimos con mi mamá a dos o tres pensiones que había enfrente del Hospital Italiano,

y de todas ellas nos sacaron a patadas.

De manera tal vez un poco violenta, de repente me levanté de la mesa, pagué los dos cafés y le dije que me iba. Alfredo me pidió que me quedara. Estaba desolado; no me lo dijo, pero yo sentí al mirarlo a los ojos que tenía mucho miedo, y yo también. Me acompañó unos metros a tomar el 54; me volvió a pedir que me quedara. Vino el colectivo. Me subí, pagué el boleto y mientras caminaba hacia atrás en el coche lo seguí mirando. Tenía puesto el pulóver bordó con el que lo encontraron acribillado a balazos unos días después. Nunca más lo volví a ver. ¿Por qué no me bajé corriendo y lo arrastré de los pelos y le pedí que hiciera algo para salvarse? ¿Por qué no lo abracé fuerte y le dije que se quedara con nosotros, que papá lo iba a salvar y a sacar del país? ¿Por qué no le dije que lo amaba, que era mi único hermano y que quería que estuviera siempre a mi lado?

Desde chico, Alfredito (como lo llamaban mi mamá, mi tía Lily y mi abuela Micucha) había sido un chico difícil, extremadamente tímido, muy arisco. La relación con mi mamá siempre fue tirante, a los gritos. Ella lo sobreprotegía de una manera enfermiza: era su primer hijo varón, el hermoso niño de ojos celestes, en una familia, la de ella, donde ser varón, ser primogénito y encima tener ojos claros parecía ser el *summum* de la belleza y la distinción.

** Extraído del libro
“Nunca llegarás a viejo”, de
Susana Rosano, Beatriz Viterbo
Editora, 2025.*

Fantasmas de la Vuelta de Obligado

Por **Adrián Abonizio**

Entramos al bar “La Reina del Tendón” decididos a emborracharnos. Algunos para olvidar las penas de amor, otros por las del país y el resto para borrar las promesas de no volver a tomar. Un corsario viejo, con pinta de haber naufragado, remontaba un barrilete con la bandera británica y unos pibitos jugaban a bajárselo a gomerazos. Era el otoño de la

zona, frío, desapacible. Dentro la penumbra de siempre y la radio encendida. Una chica del lugar, estudiante de periodismo me encara.

-Usted siempre escribe como si fuera un testamento -me larga a boca de jarro. Marcel se ríe porque vaya a saberse que le causa gracia.

-¡Testamento, testamento! -se

carcajea y me acusa con el dedo como si yo hubiese cometido un crimen.

-Sí -afirma ella-, usa demasiadas metáforas y hoy se escribe más simple.

-Vos tenés una mirada sesgada de mí como si fuera un muñeco extraño en un mundo de marionetas -contesto.

-¿Ve? ¿Ven? ¡No para de hacer-

se el poético! -casi grita y contempla a todos como si hubiese descubierto un lagarto de Komodo en el asiento. Se aleja con un gesto de hastío.

-Creo que usted es el típico escritor cagón -culmina y se refugia en su mesa donde un grupito de hippies con Osde le festejan el apure. Mis amigos, ajenos al careo, encargan bebidas y ya chocan los vasos sin saber qué estamos festejando.

- Que todavía vivimos -me repite al oído Cristaldo, que ha salido de la quimio más pelado. Rulo se endereza y muestra su panza donde se ha tatuado el nombre de su ex.

-Es para recordarla cuando engordo.

Eliza revive en una anécdota cuando le bombardearon la canoa creyéndola un buque enemigo allá en la frontera norte.

-Quedé a la deriva y casi me comen los yacarés.

Carlitos se limpia la solapa manchada de ceniza o caspa, no se sabe, y revive cuando fue finalista del concurso de cantores pero que le convino seguir en el boxeo.

-Lo mío ya saben, es el canto, pero me garpaban mejor arreglando peleas. Yo era el paquete que llevaban para que perdiera y se luzca el candidato, y así me pude comprar mi rancho gracias a las derrotas.

Debo ser el único de esta mesa que ganó perdiendo. Hacemos un silencio. Miramos a Antonito que se quedó en la ruina por poner sus dólares en una cueva en negro de donde un día desaparecieron hasta los escritorios. Gomecito entendié el asunto y cuenta un chis-

te rápido de suegras para cambiar el clima. Todos reímos muy fuerte a propósito.

De la Mesa de los Intelectos viene un pibe rubión.

-Pueden bajar un poco la voz que estamos estudiando.

Carlitos casi sin pararse le da un sopapo que lo hace volar hasta el mostrador. Luego entona a la perfección “Volver” mientras se llena la copa de vino. Empujado por un rayo entra el Francés, trabuco en mano y levantando al pibe nos apunta con el chimango y nos apostrofa con algo que no entendemos.

-¿A este también hay que fajar? -susurra Carlitos.

-Dejalo -comenta Cristaldo-. ¿No ves que es un fantasma de la Vuelta de Obligado? Ni sabe todavía que perdieron y anda por ahí apuntándole a la gente.

Explota sobre nuestras cabezas un fogonazo.

-Che, ese tiro no es de un espíritu.

-Son también balas fantasmas -tranquiliza Carlitos. Se para y lo invita en un francés perfecto a que le tire al pecho que acá hay un argentino, que somos descendientes de Martín Fierro y de los gauchos de la Vuelta de Obligado, que carajos. Salen disparadas unas lucécitas que le atraviesan el cuerpo y se depositan como gusanos luminosos por todo el bar.

-¡Vive la France! -aúlla y se va a la vereda contento con su puntería. La chica que me ha increpado extrae su grabador diminuto y ya lo está entrevistando. Luego entra y me acusa de algo.

-Usted con sus escritos pseudo poéticos es el culpable de atraer

espantajos al bar. ¿Nos pueden dejar de joder con tanto palabrerío, por favor?

Y da un tacazo de niña mal criada. Antonito que ha permanecido en silencio, inmerso en su depresión alcohólica y económica se levanta y le recita: “Basta de hablar, basta de callar, no quiero callar, tampoco hablar. Me siento en un vacío emocional donde poco es suficiente y mucho está de más”.

Se produce un silencio profundo, el viento entra por la puerta silbando como en las series de terror y lo eleva a Antonio hasta el techo para luego depositarlo junto a la chica, quien lo besa en la frente para después posternarse. Todos los estudiantes lo hacen. Yo murmuro al oído del Rulo.

-Che, ¿esto no será demasiado?

El mira la escena mesándose la barbita.

-No, dejalos, en algo tienen que creer, si están más solos que todos nosotros. Luego toma su bolso de donde asoma el naranjero recortado y me hace una seña de seguirlo. Vamos a combatir enfrente, a la isla contra los chacareros pero no lo comentamos.

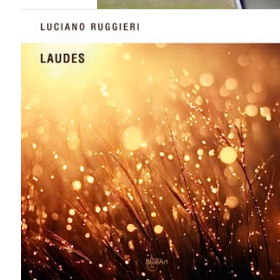
-De algo hay que morir, ¿no? -digo yo como para cerrar la historia. En la vereda al fin le han volteado el barrilete al inglés que llora desconsoladamente con los restos entre sus dedos y los pibitos le hacen ronda mientras desafinan una cumbia de L-Gante.

“*me pide que le haga de tó... mientras me pico otro có...Que é lo que é?*”.

abonizio@gmail.com

EN EL TEATRO EL CÍRCULO

Luciano Ruggieri presenta su nuevo disco de jazz



Laudes (2025) es el tercer disco solista de Luciano Ruggieri, músico baterista y educador de la ciudad de Rosario, reconocido a nivel nacional, con vasta trayectoria en la escena del jazz de Argentina. Este nuevo álbum editado por BlueArt Records es una continuación natural de los dos trabajos anteriores -*Salmo* (2017) y *Beatitudes* (2020), también editados por el sello BlueArt-, y ofrece un repertorio de composiciones propias y versiones de temas tradicionales. La presentación oficial será el 3 de marzo a las 20.30 en el teatro El Círculo de Rosario, en el marco del ciclo “FilaCero”.

Es una colección de canciones instrumentales -con matices que denotan influencias del rock, el blues, el góspel, de la música clásica y coral, entre otras- interpretadas por el baterista Ruggieri desde la óptica del jazz, junto a músicos de primera línea: Mariano Suárez (corneta y flugelhorn), Camilo Salvatierra (saxo alto), Pablo Devadder (clarinete bajo), Mariano Ruggieri (teclados), Renzo Baltuzzi (guitarra eléctrica) y Fernando Silva (contrabajo).



Sebastián Vargas

El disco tiene una sonoridad muy bien lograda y de alta calidad; los temas incluyen una gran variedad de arreglos y sutilezas, y a la vez, están presentados de una manera que pueden ser escuchados y disfrutados fácilmente.

El disco en formato cd será presentado el próximo martes 3 de marzo a las 20.30 en el teatro El Círculo, Laprida y Mendoza. En ese sentido, será el primer concierto de la tercera a temporada del ciclo “FilaCero” que organizan el sello BlueArt Records y la Asociación Cultural del teatro El Círculo. Para presenciar el concierto, los espectadores se ubican en el escenario mayor del teatro.

Grabado por Carlos Altolaguirre y Renzo Albera. Estudios Penny Lane, Rosario.

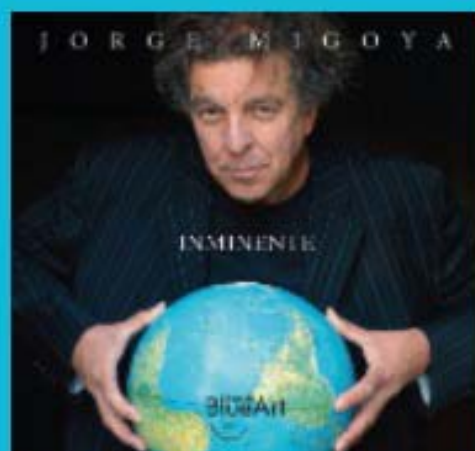
Mezcla: Martín Actis.

Mastering: A.T. Michael MacDonald (USA).

Producción ejecutiva: Miguel Angel “Cocho” Tomé y Horacio Vargas.

Anticipadas con descuentos en boletería del teatro o en www.ticketek.com.ar

BlueArt Records - últimos lanzamientos



Inminente - Jorge Migoya



Laudes - Luciano Ruggieri



Sólo Canciones - Pablo Juárez



La forma del sueño



La palabra repetida



Versiones Vol. I

Más información en: www.blueart.com.ar - www.facebook.com/blueartrecords
Buscalos en las disquerías Zivals, Minton's, Sitemusic, Utopía, Music Shop, Oximoron, Vinilos Argentinos. Escuchalos en todas las plataformas:



DEEZER



TIDAL



iTunes



Spotify

